

Poemas de la Georgia Soviética

Traducción de Carlo Antonio Castro
y Raymundo Aguas Franco

A GEORGIA

Kale Bobojidze

Amadas montañas nativas,
desfiladeros, bosques, nubes,
ámbitos de cielo profundo
que se reflejan en el río.
La mirada de la georgiana
que regresa del manantial.

¡Oh! ¿Acaso existen amores
comparables al que yo siento
por esta tierra virginal
de bosques, ríos y campiña?
¡Te amaría al verte quien no
fuera vástago de tu sangre!

¿Hay quizá georgianos que puedan
de ti olvidarse para siempre?
Eres tú nuestro gran sendero
de esperanza, amor y trabajo.
Tu ansiedad es nuestra ansiedad;
tu desgracia, nuestra desgracia.

¿Hay en la tierra maravilla
mayor que tu encendido mayo?
¡Y es un cántico el otoño
para tu hermosura edénica!
Georgia tiene más encanto
que los más atractivos cuentos.

Tus abrileñas alboradas,
el susurro de tus jardines. . .
Amo hasta el mínimo detalle
de lo que en tu extensión florece.
¡Oh! ¿Acaso existen poetas
que no le canten a Georgia?

Mis versos para ti entonados
fueron con aires de Georgia;
cuando mis deudos junto al lecho
de muerte lloren mi partida,
Patria, tierra de Rustaveli,
reintégrame a tus entrañas.

EL ARBOL DE LA VIDA

Kale Bobojidze

A la sombra de enorme nogal murió mi madre.
A la sombra expiró mi padre del nogal húmedo.
Y en su tumba sembré muchas rosas y violetas
mas el árbol melancólico acabó secándose.

Abandoné mi huerto, dejé mi casa huérfana,
voló el tiempo. . . Aquel lugar no vi por muchos
años.

Me decían: En vez del nogal nació otro árbol
tan alto y esbelto como no puede haber dos.

En la seca conserva el rocío de las hojas.
Las tierras anegadas y lodosas deseca.
Y cuando al fin volví a mi terruño en primavera:
—¡Salud, árbol de la vida!— dije al eucalipto.

¡Susurra, planta joven, aparta mi tristeza!
¡Cuán buenos y nobles corazones te sembraron!
¡Crece, eucalipto frondoso, embellece de mayo
a mayo para que casa y huerto abandonados
florezcan a tu sombra, cual mi padre soñara!

DESPEDIDA

Bagater Arabuli

Me alejo de la espléndida,
jubilosa Tbilisi,
envuelta en la nocturna
oscuridad. Yo dejo
el amor que sin gozo
me lleva por la senda
de la tristeza misma.
Hacia lo ignoto voy,
más allá de la luz
donde mi lobreguez
aguarda su refugio,
en el canto del bosque
de secular constancia.
¡Adios, abigarrada
población, juvenil
ribera, de los sueños
orilla!

VECINAS

Bagater Arabuli

Desde que recuerdo,
yo he dicho siempre
"¡Buenos, buenos días!"
a las dos vecinas
que junto a mí viven
en el primer piso:
Mi infancia, a la izquierda;
la vejez, a diestra.
Aquella su puerta
cerrada mantiene.
¡Cómo entrar quisiera,
despertar recuerdos
y hablar, hablar luego
de lo que antes fuera!
Mas, ¡ay de mí!, nunca
franquearé el umbral.
La segunda invita,
de par en par, "¡Entra,
que tu casa es esta!"
Mi alma no le guarda
estima ni afecto.
Y aun me imagino
que un día remoto
con suave sonrisa
podrá seducirme,
bajo su dominio
me tendrá enlazado. . .
Las saludo. El día
sigue su camino.

AJEDREZ

Aleksandr Tabatadze

Discusión y ruido cesan,
rotos los sables y escudos.
De lides harto, empolvado,
guarda el ajedrez silencio.

No queda reina ni rey,
en la batalla caídos.
Sus corceles,
fulminados,
del campo ya no se alzaron.

Como si jamás combates,
clarines, maniobras, triunfos
existido hubiesen, nada
resta, ni un alfil siquiera.

Rinde el estuche en la mesa
olvidado testimonio
de la historia de las pugnas
entre dos estados íntegros.

RECUERDO DEL AMIGO

Vano Chjikvadze

Tú pareces un cántico que viene
de un olvidado y ya lejano día;
cayó la nieve y la tristeza trunca
la duración de aquella melodía.

Sólo una vez cantaste a pecho entero
(el canto singular se oye del cisne),
no te enfades, la gente no entendía
entonces, hoy aprecia cuanto hiciste.

Por distinta razón yo sufro ahora
y ha cambiado también el entusiasmo.
Recuerdo tu existencia de esos años
esta noche en que brilla un solo astro.

Ilomé Kalandris

AMOR

Tedo Bekishvili

Cansado el pajarillo
del constante dominio del espacio
halló refugio
en mi pequeña
jaula placentera. . .
¡Qué hacer entonces!
De par abrí la puerta en par,
luego destruí la jaula entera. . .
Mas el ave posada continúa
del alma mía junto a la ventana,
cantando sin cesar el misterioso
aire distante para mí
desconocido. . .

MUSICO VAGABUNDO

René Kalandia

Ha caído la tarde. . . Va por la estrecha calle,
su arrugado sombrero vencido por el viento;
lleva el abrigo de los años estudiantiles
y el pantalón arriba de los tobillos; logra
parar a quienes por aquí, por allá transitan.
Los detiene y les dice con su gangosa voz:
—*Disculpe, camarada, yo necesito un arco
para mi violín. . .*

El peatón se encoge de hombros. . .
No responde. . . Se aleja. . .

Llega la noche. . . Está junto a la barandilla
del puente y suplica a quien en lancha surca el río:
—*Perdone, amigo, para mi violín necesito
un arco. . .*

Y el pescador contesta groserías. . .

Ya es de madrugada. . . El acaricia el sauce
y susurra: “La luz para la flor, a Dios gracias”. . .
Así suplica al árbol:
—*Yo te pido, deidad, para mi violín un arco. . .*

El sauce, con sus ramas,
hace del arpa el signo:
¡Su deseo concededle, seres celestiales!

Y ruedan cuatro lágrimas
—cuatro cuerdas o trenzas—
del árbol creador. . .